

## LA DIPLOMACIA DE LA REVOLUCION MEXICANA

**Jorge Alberto Lozoya**

**L**a libertad y la autodeterminación de que disfrutamos hoy los mexicanos han sido conquistadas palmo a palmo desde el momento mismo de la Independencia. Preservarlas enriqueciéndolas era empeño fundamental de los forjadores de la nación. Y es que, a diferencia de otros, nuestro país fue aspiración colectiva antes que Estado, anhelo que para realizarse debió combatir enconadamente a aquellos que desde el poder extranjero le negaban hasta el derecho a constituirse como entidad soberana.

175 años después de la Independencia, con los logros nacionales frecuentemente desdeñados ante los múltiples escollos encontrados en el camino, se tiende a olvidar esta naturaleza de sobrevivencia, de defensa sin concesiones que caracteriza a la trayectoria de la nación mexicana. Trayectoria que debemos evocar, no para ensalzarla vanamente, sino en un afán de propiciar la reflexión sobre nuestro futuro, a partir de la experiencia transcurrida.

Al surgir como nación independiente, México no se asumió jamás como periferia de los esquemas de dominación impulsados por las metrópolis. Al contrario, la lucha por la aceptación en pie de igualdad marca los años del surgimiento de México y por tanto de su política exterior, componente fundamental del ser nacional.

Para el Estado mexicano la dimensión externa no ha sido, en ningún momento de su historia; concebida como política superflua o desvinculada del quehacer interno. Representa parte esencial del sentido del proyecto colectivo. Tal vez porque esta voluntad pregonada debió convivir a partir de los orígenes con un ambicioso proyecto de hegemonía hemisférica, cuando muy al principio de nuestra vida independiente en la Doctrina Monroe asomara ya la punta de un iceberg que la nave mexicana ha debido siempre esquivar.

Los diplomáticos de la Insurgencia y los de la República Restaurada debieron además conocer la dura arrogancia de los poderosos de Europa, hoy por suerte desterrados, pero que en los tiempos en

que hubieron de fincar y después proteger los cimientos del Estado mexicano, campeaba por el mundo como triunfalismo avasallador de los imperios occidentales.

De la doble lucha contra el hegemonismo estadounidense y la expansión europea nace el propósito de nuestros antepasados en el sentido de que para el sano crecimiento del Estado mexicano resulta indispensable un nuevo orden mundial más libre y justo, a la vez que ajeno a toda supremacía de las potencias. Desde el principio, en el ámbito internacional el Derecho es la mediación que buscamos.

En el difícil trayecto del Siglo XIX, la diplomacia mexicana — aparentemente endeble en su carencia de riqueza — luchó con dignidad ejemplar al lado de los próceres que defendieron la soberanía y la independencia nacional. Nunca — es oportuno hacer memoria de ello — nuestros diplomáticos se apartaron de la contienda por la digna sobrevivencia que testimonia la historia nacional.

La Revolución Mexicana y la promulgación de la Constitución de 1917 plantearon una amenaza múltiple a intereses foráneos que, confiados en su gran poderío, pusieron en marcha nuevas ofensivas dotadas de múltiples herramientas, que fueron desde el rechazo al reconocimiento de la legitimidad revolucionaria hasta el montaje de campañas de desprestigio fincadas en la burla y en la falta de respeto.

Para entonces, el reajuste del escenario mundial que se derivara de la Primera Guerra Mundial, apuntaba ya hacia la militarización de la política, lógica cada vez más peligrosa que tiene al planeta como campo de batalla, mercado y espacio de dominación. Es en esta nueva dimensión del poder mundial que habría de emprenderse la defensa de la identidad nacional y la sobrevivencia de la Revolución Mexicana.

Esa revolución desconocida que es la historia de la diplomacia de la Revolución Mexicana constituye uno de los puntales de la lucha de nuestro país que merece ser mejor estudiada. Debemos valorar

en su justa medida y tener presente el empeño constante de muchos hombres y mujeres que, en las filas del quehacer diplomático, dedicaron lo mejor de su esfuerzo a la defensa ante el mundo de un movimiento revolucionario cuyos principios fueron tan duramente combatidos por los grandes poderes a cuyos propósitos egoístas se oponía.

El conocimiento cabal de esta ejemplar conducta nos ayudará a entender mejor la azarosa era que nos tocó vivir. Con el Siglo XX avanzó la militarización de la política internacional, hasta alcanzar los intolerables niveles que hoy padecemos. Arribamos así a esta época en la que las grandes potencias manipulan a distancia, con los refinados utensilios de las ideologías excluyentes. Tiempos en los que el recurso último de la agresión bélica se ve precedido por el bombardeo cotidiano de la propaganda y la imposición, a través de la modulación de las conciencias, de una agresiva visión del mundo disfrazada de inocente consumismo. Presenciamos el ataque orquestado a los organismos internacionales y la intervención directa o velada en los conflictos regionales, casi siempre ocultando los motivos últimos de esta acción disruptiva en el ámbito mundial que merma la efectividad del Derecho Internacional, la mediación y la práctica diplomática.

La confianza que los mexicanos tenemos en la fuerza del derecho, es suplantada en los propósitos de los hegemonismos por la invocación del derecho a la fuerza. Y en todo ello auxiliados por el no muy sutil manipuleo de la ciencia, la tecnología y la comunicación. A tal grado, que para las naciones débiles la lucha por la soberanía y la independencia crecientemente se traduce en la defensa de la iden-

idad cultural y la pugna por la cooperación económica.

En el ayer, los diplomáticos mexicanos estuvieron conscientes de la urgencia de confrontar los principios con la necesidad cotidiana. De ahí que el diagnóstico de nuestra inserción en la escena mundial y el pronóstico del futuro hayan sido ejes rectores de la actividad internacional de México.

Hoy más que nunca, el complejo escenario mundial nos obliga a redoblar esfuerzos dirigidos a esa tarea de reflexión prospectiva. La política exterior mexicana, atinadamente orgullosa de la solidez de sus principios, necesita de una incesante profesionalización que se exprese en la comprensión interdisciplinaria de la realidad internacional, extraordinariamente dinámica y sujeta a la inserción simultánea de innumerables actores y variables.

Esta tarea de colosales dimensiones exige el compromiso renovado de la inteligencia, y la dotación de recursos técnicos y financieros. La defensa de la soberanía nacional en un mundo de nuevos paradigmas para la acción internacional, se vinculará cada vez más estrechamente a la capacidad que tengamos para dotar a nuestra acción diplomática de la infraestructura de reflexión apropiada a las versátiles realidades del escenario mundial.

Ser herederos de aquellos mexicanos de excepción que defendieron gallardamente en todas las regiones y foros del mundo el derecho de la Revolución Mexicana a decidir su destino, nos obliga a los diplomáticos de este tiempo difícil a protagonizar dignamente nuestra circunstancia, agregando a los más altos propósitos políticos el adecuado, innovador e imaginativo empleo de los instrumentos de nuestro quehacer profesional.